

GRECIA



REVISTA DE LITERATURA
SEVILLA

A. GROSIO

La Flor de la Campana

ULTRAMARINOS FINOS

Especialidad en chacinas y conservas

Antonio Muñoz Carranza

Campana núm. 7.-Sevilla

Las Antillas

JUAN FROIS SILVA

SAGASTA, 25

ULTRAMARINOS FINOS

Recomendamos a nuestros distinguidos lectores, visiten esta casa, por excelencia a mas preferida por el público de buen gusto.

CASA DE PRESTAMOS

SAN ELOY, 18

Se venden máquinas de escribir de diferentes marcas, aparatos fotográficos, un klapp de información, un cectante, fonógrafos, escopetas, revólveres y calzados de caballeros.

Se pignoran toda clase de aparatos fotográficos.

Bertrand Auban Gasquet

OPTICO

SIERPES. NÚM. 34.—SEVILLA.

Gran surtido en óptica. Electricidad, fotografías y ciencias.

MANUFACTURA DE CALZADOS DE LUJO

Confección Inglesa y Americana

construidos en los talleres de esta casa.

Viuda de Carlos Fernández

Velazquez, 13 y 15.-Sevilla.

Sánchez Borrero y C.^a

S. en C.

VINOS Y COÑACS

Especialidad FINO BORRERO

Jerez de la Frontera

Montes Sierra e Hijos

BANQUEROS

(Sucesores de Huidobro)

Neutrácido Español

Medicamento insustituible, absolutamente inofensivo
Completamente eficaz para las enfermedades del
Estómago e intestinos
y todas las derivadas de defectuosa nutrición
Artritis, Diabetes, Anemia, etc.

No vacile usted si sufre
Tardará usted en curarse, lo que tarde en decidirse
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

FRASCO DE 300 GMS. 6 PESETAS
FRASCO DE 500 GMS 10 PESETAS

Concesionario exclusivo: José Marín Galán, Arjona, 4.—SEVILLA
quién enviará gratuitamente folletos a quienes los soliciten.

Casa Wite

EN SU EXPOSICION, SALMERON, 10, 12 Y 14
(ANTES CHICARREROS,) ENCONTRARAN
LOS MODELOS MAS ELEGANTES, SELEC-
TOS Y ECONOMICOS, DE SUS ACREDITA-
DOS GABANES Y GABARDINAS DE RECO-
:: :: NOCIDA FAMA MUNDIAL :: ::

Exposición Wite

Salmerón, 10, 12 y 14 (antes Chicarreros).-Sevilla.



En la angustia de la ignorancia—de lo porvenir, saludamos—la barca llena de fragancia— que tiene de marfil los remos.

Rubén Darío

DIRECTOR
Isaac del Vando - Villar

Revista Quincenal de Literatura.

Redacción: Amparo, 20

REDACTOR-JEFE
Adriano del Valle

Glosas Cortesanas

ROSO DE LUNA

UOMBRAR al sabio, al maestro, es proclamar el símbolo más exacto, (y paradójico), del «hombre de las ideas generales...» pero especializado en cada generalidad. He aquí, como por un genio de consciencia y de asimilación portentosas, la categoría, poco agradable, de «hombre de las ideas generales» se sublimiza y es asombro en la concreción pura y excelsa de este preclaro y prócer sabio español, digno por su genio, y por su obra multicolor y multiforme de una perfecta consagración universal. Tal es la profundidad con que Roso de Luna domina todos los puntos del saber humano, que decididos a pedir para él, el *premio Nobel*, no sabríamos sobre que disciplina definir y fijar la petición...

No es vano elogio el que hacemos de este maestro enciclopédico, pero con sabiduría viva y fragante como una rosa... La amenidad enorme con que viste todo trabajo suyo, hace que desaparezca la aridez esencial de toda materia, tratada por él: Sus críticas de arte, tienen la sugestión de las de Taine, y la dulce gravedad arquitectónica de Ruskin unida a la justeza de Croce, y a la claridad de nuestro Vegue y Goldoni. Sobre música, en su especialidad del rito Wagneriano diserta con la pureza de Holsbach, el detallismo de Carrier, y la técnica de nuestro joven y vidente Adolfo Salazar; pero... no se conforma, y extrae de los candentes poemas esencias metafísicas con la suma sabiduría de exégeta insigne que distinguió al numen *nicheano*: De

Pedagogía ha escrito dos hermosas y rotundas obras.

¿En Astronomía...? que hemos de decir a los lectores, si con la ciencia madre, la teosófica, constituye la especialidad de este inmenso poli-especialista... Reciente está su descubrimiento de una *temporaria* (que no es el primero que ha realizado), y por el que, como principio, más que de recompensa, de gratitud nacional, ha merecido un premio, y la creación de una cátedra libre en la que pueda desbordar su múltiple ciencia: Ahí está su método Kinethorizon para conocer el cielo fácilmente, sus polémicas sumas con Flanmarión, el más alto apóstol de las rutas astrales e infinidad de preciosos y seductores trabajos. Por último, el germen genial de su obra, se haya profusamente desarrollado, en las obras suyas que constituyen la biblioteca que un editor consciente (*rara avis*) llamó *de las maravillas*.

En ella, se hallan diluidos todos los jugos y los encantos del misterio, la esencia de las teogonías, y la génesis de la historia, de la prehistoria, de la protohistoria, en la que son modernos los papiros del rey Cronos de la Atlántida, con su venerable senda de ocho mil años, hablándonos de acontecimientos que nos llevan hacia cronologías de los *reyes divinos*, y a la laberíntica era de los *yugas* múltiples y los *gigas* ciclópeos, dulces y terribles en sus designios... Por estas rutas, que para muchos sabios són de vagas y doradas leyendas, camina el maestro Mario, con una seguridad histórica que asombra... ¡La Atlántida! ¡Ah, no es un ensueño: bien probada está ya su existencia para todo hombre medianamente culto!

Después de los descubrimientos troyanos llevados a efecto por los dos

Shlieman (Paul y Henrich) ya no hay nadie que pueda dudar del *alma mater* de civilizaciones del continente misterioso. Cientos de obras sabias sobre él se han escrito, pero, parece que para el descubridor de Troya y para Roso de Luna escribió Platón, entre la risa calculadora de Anaxágoras (el padre de la *filosofía* matemática) aquellas palabras de ensueño y de porvenir: No olvidéis la Atlantida, buscadla, encontradla, y habréis hallado el enigma...

Platón, se refería indudablemente al enigma de IO, al geroglífico de la substancia suma, de la progenie astral, divina, de la primaria generación, del camino indefinido: Roso de Luna, á través de *meandros*, de *swásticas*, de *tants*, de todo símbolo, ha visto la suprema virginidad de IO, *siempre madre, siempre virgen*, y la ha seguido viendo en los *manús*, en los libros de los *vedas*, de los *persas*, de los *brahmanes*, de los *budistas*, en el tesoro áulico de la *Biblia*, en los *códices mayas*, *cortesiano*, de *Ballymote*; en fin, en todo el sendero innumerable e iniciático de la Vida..., incorporado, después, en formas varias, creando a *Dí*, desde Evehemero hasta Bergson, pasando por Hegel, por Kant, Spencer, Haequel, Emerson, Baqunine, Kiplin, Shlley, y numerosísimos más, antes y después, desde Sócrates a Rodó, el augur moderno, que desde *El Mirador de Próspero* vió alborear el ensueño gigante, y encendido en el horizonte de América española.

Por mucho que nos esforcemos será inútil que pretendamos un índice escueto de la obra que ha generado la del maestro. Con diversos colores y matices, allí están también sedimentos de la *Reforma* del *Renacimiento*, de todos los sistemas míticos, *arios*, *semitas*, de todos los sis-

temas filosóficos, *cristianos, panteístas, escolásticos, krausistas*, de todos los que siguieron alimentándose con las llamas vivas de los clásicos *epicúreos y estoicos* de la fronda de AKADEMOS.

Y, sin embargo, el maestro de la *Poli-didáctica*, os dirá, *que nada es suyo, que sus palabras son las de sus maestros*, como ellos dijeron, y como ellos rehuirá todo elogio con una sincerísima sonrisa de humildad, que solo saben tener los grandes, los elegidos por el designio providente...

* * *

Ahora, el maestro sumo, ha dado una prueba más de vasta actividad cerebral, y mientras se terminan de imprimir tres obras admirables de las muchas que tiene acabadas ha publicado, la que él, en esta carta paternal y gloriosa que nos envía, como un rico presente, llama *obri-lla*: «*La dama del ensueño*», no es una novela, no es un poema, no es un tratado filosófico, y sin embargo, es todo eso juntamente: Una noble dama, digna de Roso de Luna, quiso un día tantear la espiritualidad, la psicología de esta raza aventurera; y en un gran diario se anunció sugestiva y pomposamente, como «joven, bella y acaudalada señorita, víctima de la avaricia y la sensualidad de un taimado tutor». Su anuncio, era una invitación y un grito; se adivinaba su titánica lucha diaria para librarse de las babas del viejo asqueroso; su situación requería un auxilio inmediato... ¡Y... como nos reíamos, mientras llegaban las primeras cartas, (conocedores por bondad del maestro del asunto)!

Los primeros, eran los negociantes, los espíritus prácticos; dos líneas breves, como un esbozo de contrato, dejando ver su temperamento por el que todo era oro para ellos, hasta el tiempo.

Nos reíamos, por que lo merecieron. Después, nuestra risa cesó; fervientes románticos, decididos heroicos, gentiles aventureros, profundos filósofos, y... hasta un recluso en el penal de Ocaña —¡lo que es la ilusión!— se ofrecían para salvadores y curanderos: He, ahí, la felicidad pintada por todos los espíritus... La culta dama, contestó a quien lo merecía, y surgieron epistolarios dignos de Ganivet, de Mendes, de Amiel, de Flaubert, de Miguel Angel, el ciclope de las íntimas ternezas epistolares... En verdad, que nos duele que vivan en el anonimato tantos espíritus de talento mientras medran infinitas mediocridades.

Son muchas, muchas las cartas de este epistolario, *que no se debieron perder* como las de este anónimo de prócer fantasía, que ve en su ignota adorada pulidas manos tizianescas, modos de princesina de Wateau, ojos de *madona* de Lippi, encantos de Simonetta Vespucci, alma de heroína de Maeterlink y voz de fragancia d'annunziana, suma excelsa, que diríase la escapada del *Museo de Beguinas radembaciano*...

En verdad os decimos, hermanos y amigos lectores, que Roso de Luna, ha puesto un comentario glorioso, agudo y cultísimo a cada carta; se detiene ante las de los amantes más dignos de su atención, y con su mágico poder, nos dice, nos hace ver, completo el espíritu que se asoma a las cartas como a ventanales de ensueño.

Y no os decimos más, pues con nuestra glosa, tememos deshacer el encanto pristino de la primera lectura. Los últimos capítulos son de una profundidad filosófica genial, sin que falle la amenidad que tienen los primeros: En suma: es una obra admirable, por que es real; por que los involuntarios colaboradores

del maestro y de la noble señora citada, saben hacernos reir, llorar, pensar. con sus estupideces, con sus amarguras, con su talento...; ¡es admirable, por que está bellisimamente escrita, ¡por que és de Roso de Luna la constante exégesis...!

* *

¡¡Roso de Luna!! El gran maestro admirado de todos. Por mucho que le ensalcen, sus contemporáneos no podrán ser justos; su obra requiere perspectiva de siglos; su nombre, cuando estos pasen, se pronunciará con el respeto, con el asombro, con la admiración que se tiene para los nombres más altos...

¡Quién tuviera autoridad para pedir para él *un* premio Nobel! ¿Lo oís, españoles...? Demostrad qué sabeis honra-

ros, honrando a nuestros excelsos compatriotas, y aunque no comprendáis *todavía* la grandeza del maestro único, y forméis parte, de esos jovencitos osados que en el *Ateneo*, porque les escuchó afable, porque les concedió beligerancia, como quién dá un juguete, le saludan, «¡Adiós, Roso!» pedid para él la más insigne recompensa, (aunque no le comprendáis *aún*, bien, repetimos) porque, su alma, como la de las rimas del celeste indio, del vate sobrehumano, de *Rubén Dario* es de aquellas que... *persisten*, que...

«Viene de lejos, y va a el Porvenir...»

MORENAS DE TEJADA.

Huerta de Santillán X-24-MCMXVIII.

A Rogelio Buendía

Tú que ostentas la antorcha en tu mano
y ante el sacro propileo del templo
eres griego y agreste silvano
que das normas de luz con tu ejemplo;
tú que llevas tu ofrenda ante el ara
de Afrodita, la mágica estrella
que brotó tan desnuda y tan clara
por ser blanca, y ser pura, y ser bella,
dormirás a la noche en el bosque,
como un sátiro joven de Hesperia,
esperando a la clara mañana;
aunque junto a tu lecho se enrosque,
en un tronco de encina de Iberia,
el reptil que brindó la manzana.

Aladino.

Carta a Rogelio Buendía

Rogelio, esta mañana de otoño he deseado recordar las mañanas del otoño pasado cuando fuimos, glosando una misma armonía con el ritmo y la luz de nuestra poesía, por este luminoso parque primaveral donde nunca se pone amarillo el rosál.

No han deshojado aún los vientos otoñales, en la arboleda verde, los chopos musicales y la brisa en sus frondas al mover su esplendor deja, como en estío, un alado temblor. En el estanque verde sobre el agua serena los cisnes van mirando sus cuellos de azucena y con sus picos rosas destrozan el encaje que el sol forma en el agua a través del ramaje.

Como siempre, en el banco de la senda es-
(condida me he sentado y estoy recordando mi vida. Ahora mi corazón está desconsolado: las inefables dichas del amor apagado me han inundado de una honda melancolía. Rogelio, tú que sabes cómo yo la quería, no extrañarás que siempre esté pensando en ella; en su cándido rostro blanco como una estrella; en sus profundos ojos radiantes de alegría y en su alma que era hermana de la mía.

A veces trato de volver a contemplarla y otras veces deseo para siempre olvidarla. ¡Yo no puedo vencer el ansia indefinible que hace mi vida una paradoja imposible! Peregrinando voy mudo y desorientado. ¡Mi corazón, Rogelio, está desconsolado!

Todo en Sevilla está como cuando te fuiste: Salvat sigue augurando un porvenir muy triste para esta pobre tierra sembrada de arribistas cuya ruína otean sus ojos pesimistas.

Hablan de un renacer triunfal de Andalucía: Infante ya ve el orto del esperado día y prosigue sembrando en el graciel ambiente el cálido optimismo de su alma potente; ya presente en los yermos los trigales dorados y los árboles nuevos bajo el fruto curvados y que ha unido sus fuerzas en un solo crisol esta raza pagana, novia alegre del sol.

Sé de nuevos poetas que saben admirarte y poner sobre todo el azul de tu arte; en un Café han formado una Peña bohemia. (¡Ya está José María Izquierdo en la Academia!)

Con una gracia digna de triunfar en Lutecia, Carmona ha hecho un libro formidable de
(Grecia. (Flaubert en el Infierno se queda pensativo y Anatole France ensaya una mueca de chivo).

Bacarisas ha hecho un cartel colosal de nuestra embriagante fiesta primaveral y Pepe San Román (con su negra chalina) sigue soñando elogios de esta tierra divina.

Mi hermano está en el campo (¡Ama la soledad como amaba el bullicio agrio de la ciudad! Como un visionario primitivo suspira por la luz de los claros jazmines de la Lira) y yo sigo adorando a Venus en María, persiguiendo la luz en la Neurología y, con el alma ebria de ritmo y de ideales, llenando de emociones mis vasos musicales.

Deshojando una flor, por la senda ha pasado aquella niña rubia del rostro sonrosado que todas las mañanas a pasear venía y que, al vernos, volvía el rostro y se reía.

Rogelio, ahora es una adolescente inmensa que tiene un fuego extraño en su mirada intensa y que rítmica y lánguida y femeninamente va mostrando las gracias de su sér floreciente.

Yo te diré, glosando a San Juan de la Cruz, que todo lo ha dejado inundado de luz y que al verla alejarse por la senda he sentido que una honda y extraña tristeza me ha invadido.

Se nota la frescura de la brisa otoñal. Junto a un sáuce, su cola abre un pavo real y, en un álamo, un mirlo bajo el oro del sol ha empezado a ensayar su do, re mi fa sol.

JOSÉ MARÍA ROMERO.

Otoño de 1916.

En el jardín de los Adarves.

(Del libro en prensa HUERTO SILENCIOSO)

mEDIADA esta tarde de primavera, los colegiales entran en el jardín que Fortuny immortalizó con un bello nombre: «El jardín de los poetas». Junto a la yedra de los muros, el pintor fué poniendo en el lienzo vívidos colores, delicados matices, soberbios trozos de esta galería adonde, ahora, hay fragancia de rosas, de claveles, de arrayán simétricamente cortado, de madreelva, de innúmeras florecillas con pétalos bermejos, amarillos, azules. Sierra Nevada nos ofrece el aspecto inmaculado de su cima, que se recorta enérgicamente sobre el azul joyante del cielo; la vega, el verdor de sus campos, la cinta reluciente de sus ríos, y la mancha imprecisa de los pueblos lejanos; la ciudad, sus rumores, casas y torres doradas y rojas; se otean también algunos cármenes, de donde emergen laureles y palmeras; y las macetas, acabadas de regar, desbordan en las azoteas azucenas y geranios.

Los colegiales, uniformados con manto negro en el que se destacan las becas azules, pasean en grupos, pirolean a las muchachas, miran bobáticamente—los más pequeños—a las gentes exóticas, casi todas con su *Kodak* y su *Ba-deker* al brazo, y los «¡Ah! ¡Oh!» pendientes de los labios con frecuencia.

Al lado del pretil del jardín, están dos mocitas: blonda es la una; la otra es morena; el rojo de las rosas con que se adornan, envidia al de sus labios; el suave alentar hincha la foscura de sus uniformes; tenues cercos orlan sus anchos ojos. Los estudiantuelos admiran la belleza de esos cuerpos gentiles; y, soslayadamente, los observan para evi-

tarse el ser castigados o que a ellas las conduzcan al Colegio las Hermanas.

Las muchachas, entre tanto, leen con avidez cartas que escondían en las amplias mangas de los trajes. En las pestañas de aquéllas, tiemblan lágrimas; en sus almitas, indudablemente, se planea el amor; y los recuerdos alegres del ayer se enlazan a las tristezas del presente, siempre unido éste a la presencia de las religiosas, de los libros, de los rezos, y... a la lejanía del hogar, que es lo más amargo.

Algún aventajado galán se sintió movido a brindar sus consuelos, para que tornaran los regocijos; pero un tomito olvidado las distrajo de sus cuitas. Lo olvidó una mujer, ¡mujer hermosa!: alta y espléndida; los vestidos modelaban lo escultural de su cuerpo; en su alma, más de un colegial fervorosamente hundió la suya... Miraron ellas: la dama se alejaba, y su sombrilla azul sobre el verdor jugoso de las plantas semejava un trozo arrancando del cielo para endosarla a una mujer, hermosa mujer a quien algunos de aquellos poetitas, que ya escribían en los periódicos del pueblo, creyó trasportada de la gloria.

Las hojas del volumen diminuto y bello—como miniado por un monje artista—pasaban entre los dedos bonitos, pasaban sin impresionar con los sentimientos en ellas estampados, sin hacer sonreír con sus humorismos, sin suscitar la meditación con su filosofía agríndice.

—Espera aquí, lee...

Abatieron las miradas, seguras de que andaban lejos los hábitos monjiles. Sobre las cabecitas cayó un rayo de sol.

que abrigó las trenzas; ante los ojos verdes y los ojos melados cruzó, fulgurante, la curiosidad.

—Lee, lee... — se rogaban, acariciados por la voz. Y fué entonces cuando surgieron los versos que la aflicción acariciaron:

—*El beso aquel que de marchar a punto te di...—¿Cómo sabéis?...*

—Cuando se va y se viene y se está junto siempre... no os afrentéis.

Las palabras, aun musitadas, parecían ascender a una magnolia donde los pajarillos rimaban epitalamios; subieron más, y se perdieron en la fusión del éter de la nieve impoluta de la Sierra. En la poesía del paisaje señoreaba, venciendo, la poesía del poeta amable y socarón.

Las niñas quedaron tristes: se habían despedido de sus amadores, y no sabían de «el beso aquel que...» «cuando se va y se viene y se está junto...» ¿No serían bonitas? De ellas, tan galanteadas, ¿huyó la hermosura? ¿No inspirarían deseos?

—A mí, no...

—Ni a mí...

Se apesadumbraban porque sus labios a flor no sintieron ese «instante que tiene algo de eterno—y pasa como abeja rumorosa», que Cyrano loaba a Roxana en la plazuela del viejo Marais, y que ella escuchaba enfebrecida desde el balcón cubierto de jazmín.

El libro rodó al suelo; desde la por-

tada, la imagen del poeta sonreía burlo-naménte, diríase que por haber arrojado sobre las almas puras todo el dolor de las *Doloras*. La vida había dejado entrever agrios secretos a la niña blonda y a la mujercita morena; y miraban la vega ubérrima con odio; con aquella aversión que siglos pasados sintieran las Daraxas y Zaidas, por las luchas que de ellas alejaban a los Omars y Zegríes privándolas de sus amores, robándolas sus cariños.

Cuando, ya acabada la tarde, regresan al colegio las dos nenas, compañeras de fila, van ensimismadas, sin parar atención en los viandantes; en la música deliciosa de las aguas que suenan en los bosques de la Alhambra florecida, en la algarabía de los ruisñores que se cobijan en las copas frondosas de los árboles en que se ven prendidos los oros del sol poniente, mientras el azul del cielo se cambia en púrpura y violeta. Ya no quieren acordarse del poeta que les proporcionó melancolías; ya no memoran la silueta de la dama que olvidó el tomito de versos; ya ansían el consuelo del rezar ante la imagen de la Virgen que, en la capilla colegial, las mira siempre con sus divinos ojos acariciadores; cual preservándolas contra el mundo loco que, fuera de los muros, ríe, se divierte, y da el placer entre amarguras.

ANGEL CRUZ RUEDA.

El madrigal de la Muerte.

Pluma gentil de pavo real
para escribir los madrigales
que canten tu gracia triunfal,
florida pompa de rosales.

Amarte con idolatría,
y saber, por una mirada,
partir, en galante porfía,
un corazón de una estocada.

Y viejo ya—¡oh, roja herida
de rosas blancas encendida!—
sayal de monje me vistiera

para seguir, después de muerte,
amándote en alguna yerta
y descarnada calavera...

NANDRO VALERIO.

Campanas.

(POEMA)

Las celestiales
campanas matinales
cantan entre el silencio de la madrugada
con voz dulce, extasiada
bajo los sueños puros
que brotan de los cielos oscuros,
como candorosas plegarias
de almas libres, angélicas,
sonrientes y solitarias,
felices en sus campiñas célicas,
en sus edenes maravillosos,
en sus praderas albas y extraordinarias,
donde discurren manantiales
límpidos, milagrosos,
y florecen mágicas rosas
inefables y venturosas.
Son las regiones inmortales
del Alba, las ideales
riberas luminosas
y los limbos
celestiales

de los que emanan áuras prodigiosas
entre encantados nimbos.
País rosado de nuestro anhelo,
a donde eleva su tácito vuelo
el alma; isla de la belleza
y de la luz, que está en el cielo.
Reino claro de la aurora
donde tal vez en vaso de pureza
llena la luna en esta hora
en que Celistia llora
sobre la tierra y sobre el pecho mío
sus lágrimas virginales,
el rocío,
como una caricia bienhechora
entre el alba del buen anuncio...;
en tanto, las campanas matinales,
con voces de celestes doncellas,
suscitan en el alma un sentimiento
hermano de la luz de las estrellas.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

Del libro «Las coronas de mirto» próximo a publicarse.

EL CUENTO QUINCENAL

La Venganza de las Flores.

I

Señorito, tenemos rosas, dalias, jácintos, nardos, pasionarias, magnolias, geranios, hortens...

—No se moleste usted,—replicó Fernando sonriéndose del discurso de la vendedora, que iba enumerando flores con una rapidez vertiginosa:—quiero flores de todas clases. ¡Ah! No se olvide de ponerme muchas violetas. Por lo demás, puede prepararlo a su gusto. Usted sabrá más que yo de esas cosas.

—Muchas gracias, señorito, por la fineza. ¿Quiere usted sentarse mientras le prepara el ramo?

Y uniendo la acción a la palabra, le alargaba un rústico asiento.

—No, esperaré de pie. Supongo que no tardará usted mucho en terminar esa obra de arte.

—Al momento lo tendrá usted arreglado. Y sonriendo bondadosamente, se dispuso a confeccionar el *bouquet*.

Fernando, mientras tanto, pensaba en su vida pretérita. Ante él, la calle de Alcalá se extendía ancha y dorada por el sol; un sol triste, débil, mortecino, que luchaba contra el frío y la niebla de aquel día de noviembre. Se abrochó el gabán y movió los pies. Estaba casi helado. Un viento cortante le azotaba el rostro. El invierno se adelantaba y la gran urbe no tardaría en cubrirse con el virginal sudario que fingiría la nieve silenciosa y hostil...

¡Pobre Violeta! En un principio de invierno como aquel entregó su vida llena de todas las esperanzas, cuando soñaba en felicidades próximas; y de improviso, vino la enfermedad maldita, rápida, que lo arrastró todo, burlándose de los sueños y de las alegrías. ¡Siempre lo imprevisible haciéndonos comprender que no somos dueños más que del momento presente y que el mañana es una interrogación diabólica puesta en el libro en blanco de nuestro destino!

El recuerdo de Violeta, su primera novia, dormía en su corazón. Fué su primer amor intenso y puro, un amor de quince años con todo el fuego y la pureza de quien es todavía algo niño. La muerte de ella, cayó como un martillazo sobre sus ilusiones, como un ascua sobre su pecho. Y después de pasados algunos años, aun seguía la herida sin cerrarse. Fiel al recuerdo de la novia hundida en la sombra en plena juventud, Fernando siguió rindiendo culto a la imagen amada. Y recordaba los días claros de luz y de felicidad y aquellos domingos cuando en la reja envolvía a su novia en rosas, violetas y claveles, y ella, con su nombre simbólico, parecía la reina de aquel jardín improvisado.

Fernando, en holocausto a su memoria, todos los años en el día de difuntos, con emoción casi religiosa, alfombraba la blanca lápida de Violeta con una llu-

via de flores: pero aquel año había vuelto a florecer en su alma un nuevo amor...

—¿Está usted contento, señorito? Se lleva usted lo mejor de mi puesto. ¡Vaya un ramillete que parece un arco iris!

—Sí, mujer, muy bonito.

Y tomando de manos de la vendedora el ramo, pagó su importe y esperó el paso de un tranvía que le condujese a las Ventas. Como juguetes mecánicos cruzaban deslizándose por los rails y poniendo su nota de color en la blancura de la calle; pero el que necesitaba no venía. «Todo conspira para hacernos perder el tiempo y la paciencia», pensaba Fernando. Era curioso; siempre le sucedía lo mismo; cuando esperaba una cosa, le salía al encuentro otra. Lo más práctico sería vivir impensadamente, aguantando las burlas de la vida con una indiferencia rayana en estoicismo.

Todo llega y todo pasa. Y en efecto, el tranvía llegó; pero indudablemente aquel día era un día aciago. No bien se hubo subido a la plataforma, dióse cuenta con el natural asombro que en el interior del coche iba la familia de su nueva novia. No pudo ocultarse a sus miradas. Elvira misma le sonreía haciéndole señas. No tuvo más remedio que adelantarse y saludar a la familia. Después, con naturalidad y para desvanecer las dudas de su novia, le dijo:

—Mira lo que he comprado para tí. ¿Te gustan? Ella sonrió tranquila y contestó:

—Mal día has escogido para hacerme un obsequio de flores. Es algo macabro el regalito.

—Sí, ¿pero eso que importa? respondió Fernando, palideciendo un poco y continuando después de una pausa:—Las flores son siempre flores y a tí te gustarán lo mismo hoy que el día de San Pascual Bailón.

Volvió a sonreír ella con las humorísticas palabras de su novio y contestó:

—No me hagas caso. Ha sido una broma. Serán esas flores un símbolo de nuestra dicha presente. Para los extraños hoy es día de difuntos; para nosotros hoy es día de gloria; pero oye, ¿no sabías que íbamos a misa de diez?

Supuse que iríais a la de doce, como los días festivos, y tomé el tranvía para entregarte el ramo antes que salieras.

—¡Qué bueno eres!

Fernando, silencioso, envolvíase en la azul mirada de su novia. Y el amor nuevo, lleno de luz, adormeció el recuerdo de la muerta, en quel día, en el único que no tenía derecho a olvidarla.

II

Como si algún peligro les amenazase, aquella tarde Elvira y Fernando se quisieron más. Hubo momentos de sentimentalismo tan extremado, que tocaban los linderos de lo cursi. Ella no se separó un momento de su novio, y cuando él se dispuso a coger el sombrero para salir, Elvira se lo impidió.

—No te vayas; quédate a comer con nosotros; hazte cuenta de que hoy es domingo.

Fernando solía quedarse a comer en casa de su novia algunas veces. No tuvo valor para negarse y accedió a la súplica de Elvira.

Aquel exceso de sensibilidad era muy extraño. El temperamento de su novia nunca habíase exaltado como aquel día.

Por fin a las seis de la tarde logró Fernando salir de la casa de su prometida. De nuevo había acudido a su espíritu el recuerdo de la muerta y el remordimiento de su abandono le volvió a la realidad. Rápido se dirigió al puesto de flores, siendo recibido con frases admirativas de la vendedora; pero esta vez no quiso oír las majaderías de la vieja florista, y tan pronto como le preparó

un nuevo ramillete, mandó parar al primer coche de alquiler que halló a su alcance.

—A escape, al cementerio del Este. Buena propina si llegamos antes de que cierren.

—Me parece difícil señoritu, — respondió el auriga, que era del mismo riñón de Galicia.

—Haz un esfuerzo, hombre.

—Ya veremos señoritu, pero creu que no llegamus. Y sin decir una palabra más lanzó un estornudo cavernoso, marcó un fustazo en las costillas del jamelgo, y el modesto simón empezó a dar tumbos sobre el adoquinado de la calle...

El cochero era hombre práctico. Cuando dieron vista al cementerio, habían cerrado ya. Fernando tuvo que volverse triste, meditabundo, con una emoción indescriptible de angustia y de remordimiento.

III

Fernando sufrió aquella noche una pesadilla terrible, cruel. Atenazada su voluntad por las garras del insomnio, vió a su nueva novia en toda su pureza de virgen. Contempló su cabeza orlada de cabellos negros descansando sobre la blancura de la almohada. Una vaga y dulce poesía flotaba en el ambiente. Una luz rosada envolvía la habitación en tonos vaporosos. Sobre el mármol jaspeado de la mesa de noche se erguía triunfante el ramo de flores.

De repente, como esos golpes que se sienten de noche sin saberse su verdadera procedencia, los tallos de las rosas, de las dalias y de los jacintos se alargaron; las varas de nardo, como delgados áspides, salieron del *bouquet* silenciosamente y se fueron enroscando en el cuerpo de Elvira. Era una visión en-

loquecedora. Las flores se movían, cambiaban de lugar como seres animados. El ramo, poco a poco, tomó la forma de un pulpo gigantesco que tuviese innumerables brazos. Culebrinas de colores se extendían por el dormitorio envolviendo el lecho, que desaparecía entre aquella red polícroma; pronto el cuerpo de Elvira se ocultó bajo aquellas serpentinillas perfumadas.

El fondo del ramo parecía inacabable: seguían alargándose los tallos, y como por arte de magia surgían nuevos cálices y nuevos pétalos. De improviso, del corazón del fantástico ramillete salieron en espirales, cintas de violetas que se elevaban en el espacio, y allí se deshacían en pétalos morados y caían como una lluvia sedosa y perfumada sobre el lecho. Después se movieron por algo invisible y sobrenatural.

Fernando lanzó un grito de horror. Las violetas, como en esos misteriosos juegos nigrománticos, se habían reunido formando una calavera que reía satánica sobre el rostro inmóvil y amoratado de Elvira.

IV

Poco a poco la luz del alba deshacía las sombras.

Sonaban las campanas y el piar triste de los pájaros que temblaban de frío buscando abrigo en las ramas casi esqueléticas de los árboles.

Se oían el rodar de los coches y el sonoro tintineo de los tranvías que empezaban a cruzar el bulevar.

Fernando, intranquilo y nervioso, dejó el lecho. Se miró al espejo. Estaba pálido, envejecido, como si hubieran pasado por él algunos años.

¡Que débil la naturaleza humana!

Una sola noche de insomnio y era lo

suficiente para adquirir aquella terrosa y lívida amarillez de un cadáver.

Dos leves golpes sonaron en la puerta de su cuarto.

—Entra.

Era Pepe, su fiel criado.

—¿Que ocurre?, —le preguntó.

—Es la doncella de la señorita Elvira, que desea hablar en seguida con usted; viene muy nerviosa.

—Pásala a mi despacho; dile que voy al instante. Mientras terminaba de vestirse, Fernando notó que se nublaba su vista y que algo le subía del pecho a la garganta.

Con paso inseguro y vacilante entró en el despacho. La doncella lo esperaba, oculto el rostro entre las manos.

—Pronto ¿Qué ha ocurrido?

Le temblaba la voz, tuvo que apoyarse en una silla para no caerse.

La doncella, dando riendas sueltas a su llanto e incoherentemente, repuso.

—¡Oh, señor! ¡Una gran desgracia! ¡Mi pobre, mi buena señorita, que horror!

Hizo una larga pausa la doncella, sin que Fernando se atreviese a preguntar nada y prosiguió:

—Dice el médico que ha sido una imprudencia tener la habitación cerrada con un ramo de flores dentro. Habla de un ácido que asfixia; qué se yó; lo único cierto es que mi pobre señorita ya no sufrirá más en esta vida.

Y rotas sus últimas palabras por el dolor, siguió sollozando desconsoladamente.

Fernando se desplomó sobre el asiento, perdidas sus fuerzas, con esa emoción de terror que producen las desgracias que se han sentido y que surgen envueltas en las sombras del misterio.

JOSÉ MÁS.

El reloj del amor

¿Te acuerdas, oh princesa? En la higuera pomposa,
en la higuera pomposa como un Kiosko imperial,
eras tú luminosa; eras tú luminosa
como una araña de cristal.

Era la tarde clara, calurosa y dorada,
como una venturina colosal, colosal,
y tú, princesa mía, estabas encantada
en tu bello Kiosko imperial.

Nuestros ojos, princesa, nuestros ojos se vieron
entre sí tan hermosos que, brillantes de amor,
se dijeron, princesa, princesa, se dijeron
lo que puede decirle una flor a otra flor.

¡Oh qué extraña afrodisia exhalaba tu ropa
y tu carne translúcida de sévres y cristal,
y qué ardiente ambrosia tenía la augusta copa
donde vertí, entre besos, todo el licor carnal!

Tú no decías nada, tú no decías nada...
tendida tú veías el mundo de revés...
En la higuera había una blanca estrella colgada
y tú me preguntaste:—¿Príncipe, qué hora es?

ROGELIO BUENDIA.

Blanca Psiquis

Rosas impolutas, dulcemente bellas,
Dulcemente blancas sobre los rosales,
Semejan las claras guirnalda de estrellas
De los ensoñados reinos siderales.

En los surtidores nevados de espuma,
Pulsan las Ondinas sus arpas sonoras,
Y con desceñidos ropajes de bruma,
Cual vírgenes castas, desfilan las Horas.

Se sienten anhelos ingénuos y vagos,
—Como si soñaran las adolescentes—,
De cisnes lunares que surquen los lagos
Y manos de armiños que rocen las frentes.

Aspiran las almas, (que la noche auna),
Toda la serena claridad de nardos,
Que desde el fastigio derrama la luna
Sobre las canciones de los dulces bardos.

¡Almas sensitivas, dulcemente bellas,
Vanamente ansiosas de triunfales pal-
(mas!:
¿Qué jardines magos conservan las
(huellas,
Las huellas sutiles que dejan las al-
(mas...?)

LUIS MOSQUERA.

Eva, sonríe.

Salutación y exégesis a un lienzo de José Pinelo Yanes.

¡Aquí de los lirios blancos, de los cándidos lirios de las Anunciaciones!

¡Aquí de las azucenas castas, y de las rosas recién cortadas, y de las más luccientes estrellas del luminoso oriflama de los cielos! ¡Oh la carne blanca de ésta Eva deleitosa que sonríe y que brinda en su mano el regalo del ácido fruto! Yo he visto muchas Evas. Unas, modeladas en mármoles; otras plasmadas en lienzos suntuosos; otras, las mejores, en carne viva y palpitante. Aquella Eva era morena y ardiente, maligna y cruel cual una Tentación. Crenchas negras tenía; ojos negros; labios rojos como la sangre de los fresones; boca roja, apta para los mordiscos y los besos.

Esa boca quemaba, al besar, como quemaría un pebetero que encerrase candelas de ofrendas. Su carne tenía la tersura de las sedas y los rasos; la suavidad cariciosa de los terciopelos; su carne tenía la misma pulpa vellosa que los frutos de la divina cornucopia áurea y el color de oro líquido de un claro cristal lleno de ardiente zumo moscatel.

Esa era la Eva de las pasiones, la de la carne dorada como los cálices y tibia como un rayo de sol. Azur tenía en los ojos; azur de ensueños en el alma, azur y rosa de visiones en el sensitivo corazón. Ojos serenos los suyos, de los que dan mucho en mirar a las alturas: he ahí el motivo de su color de claro cielo. Rosa en la cara tenía y oro de espigas maduras en el haz recogido de sus trenzas.

Esa era la Eva rubia, la de los sueños azules; la que soñaba, como la princesa de Rubén Darío, con el amante príncipe que siempre se anunciaba en su corazón y siempre estaba por llegar.

Pero he aquí que ésta es la Eva blanca, la de los divinos éxtasis, la de los lirios, la de las Anunciaciones. Al darle forma sobre el lienzo, el artista ha sentido la voluptuosidad de la blancura, la sensación, la caricia de lo impoluto. Las rosas y los cines, los lirios y la espu-

ma, le prestaron sus immaculadas nieves, sus albas entrañas de armiño. *Sinfonía en Blanco Mayor* podría llamarse el lienzo de este divino Theo de la pintura. En él se esponja el color como el plumaje de las palomas en celo, de las venustas palomas lascivas del cortejo de la más venerada de las diosas. Esta, es una Eva moderna que tiene curvas de liras griegas en sus formas. Es prócer de estirpe, pues que tiene la carne blasonada por las azules lises de las venas. ¡Lises azules en mármoles sonrosados de Carrara! Blanca como es, tiene en su cuerpo la transparencia del cristal, ¡y es como si un búcaro de Bohemia se nos mostrase todo lleno de rosas! Estando vestida, simula fingir la desnuda brillantez de una estrella. Su carne de magnolia, a través de la gasa inconsútil, es como un alba de claridad que apareciese, constelada de luces, cuando el sol despierta, cuando la luna todavía no se ha dormido... ¡Divino milagro de claridad el de su carne!

Esta es la pálida Eva de los ensoñadores. Flor de estufa, macerada por el amor, ojerosa y lívida, que haría cantar a los melodiosos poetas, al divino Marqués de Sade, a tanto armonioso trovador, de los que tienen un trémolo de violín en el alma y una alegre fanfarria de pájaros azules en el corazón.

En este lienzo, tejió encajes el artista. Diríase que lo pintó teniendo una risueña aurora de esperanzas en el alma. Todo es armonioso en él. A veces, un azul pálido, desvaído, un azul translúcido,—el que parece tener el alma del cristal—, alterna, en la maravillosa sinfonía, con el blanco, con el rosa pálido, con toda la pauta de la escala menor de la paleta.

¡Iris mágico, niágara de claridad es éste lienzo!

*
*
*

¡Para saludar a esta Eva, venid cis-

nes! ¡Y vosotras, palomas lascivas! ¡Y tú, pavón real, que abres el estandarte de tu cola, en la que ostentas los cien ojos de Argos! ¡Y tú, ruiñeñor lírico! ¡Y tú, Aurora! ¡Y tú, oh Sol resplandecien-

te, emperador de las rosas y las lirás! ¡Venid todos, príncipes del verso; saludemos a esta Eva que sonríe...!

ADRIANO DEL VALLE.

Historia de Miedo.

Como una sencilla golondrina retorno en los estíos a saturarme de la frescura y serenidad de la aldea donde vi la luz primera. ¡Oh, Albaida de mi infancia, yo no debí abandonarte nunca!

La inquietante cortesanía de las grandes ciudades me han envenenado el alma, las lecturas equívocas han transformado mi carácter jovial en discolo, y, las mujeres, han enloquecido mi cerebro. ¡Oh, Albaida de mi infancia, yo no debí abandonarte nunca!

Boyero gallardo que conduces tus buyes dorados por los caminos polvorientos, ¡tú no sabes la irresistible simpatía que me inspira tu figura cuando me sorprendes en las veredas colmadas de chumberas y de zarzas, ensimismado en la lectura!

Algunas veces te he visto sonreír estúpidamente, oh boyero hermano, como extrañado de mi presencia y de mi inutilidad en la vida. En verdad te digo, que soy el ser más desgraciado de la tierra. ¡oh boyero que conduces tus buyes dorados por los caminos polvorientos!

* *

La murmuración en los pueblos es el entretenimiento que con más deleite cultivan los habitantes de los mismos, y, en más de una ocasión, había escuchado las siguientes y misteriosas palabras: «¡Cuidao con lo que le ocurrió a su abuelo!» Las viejucas también reiteraban lo del suceso acaecido a mi abuelo,

y ponían en sus caras una mueca de miedo, por la que deducía que la tragedia debió ser terrible.

Un día, no pudiendo resistir el aguijonazo de la curiosidad, me encaré con la «señá Frasquita», interrogándola:

—Ea, de hoy no pasa, me tenéis que contar lo le ocurrió al padre de mi madre.

—¡Ah! ¿Pero usted no lo sabe?

—No...

—Su abuelito iba con frecuencia a Sevilla a hacer compras para una tienda que tenía. Una noche de invierno crudísima, hubo de entretenerse más de lo prudente en el «Burrero»: saldría de allí a las tres de la madrugada para recogerse en la posada denominada de «Los Gatos», situada en la calle Harinas, pero a aquellas horas y en aquellos tiempos, no abrían las posadas sus puertas ni a la Justicia en persona. Deambuló por calles oscuras y silenciosas como cavernas, con tan mala fortuna, que apenas hacía un rato paseaba, unos embozados le envolvieron en un círculo, diciéndole: «Si no quiere morir, síganos. No le haremos el menor daño, pero necesitamos de un hombre». Estas palabras pronunciadas por el que seguramente sería el capitán de los malhechores, en un tono seco y autoritario, eran palabras rotundas y concluyentes. Así lo comprendió el bueno de su abuelito y siguiólos por los «Humeros» y «Macarena» hasta llegar al Cementerio.

Hizo una pausa de zahirí la «señá Frasquita» y maliciosamente, me guiñó el ojo derecho.

—Aquella tarde—continuó diciéndome—se había verificado el entierro de una encofetada y suntuosa Marquesa, cuya vida de escándalos y de placeres, había sido paseada, en una apoteosis deslumbrante, por toda la Ciudad. Esta mujer tenía los ojos del color de las turquesas y los cabellos rubios como si fuesen de un oro encendido: cuentan, que un poeta había perdido la razón al pretender hacer un soneto a sus enigmáticos ojos de náyade; que un marqués de bigote rubio, había sido muerto en duelo por defenderla en su honor, y muchísimas cosas más que no enumero por temor a cansarle. La última disposición de la finada fué que la sepultasen con todas sus valiosas joyas...

*
*
*

¡Las blancas tapias del Parque de los Muertos—esas blancas tapias divisorias de la Vida y la Muerte—habían sido profanadas y dentro del sagrado recinto se sentían los pasos sacrílegos de nocturnos salteadores!

La luna, resplandeciente en su plenilunio, lo llenaba todo de una suprema y escalofriante blancura funeral. Los asfodelos, los lirios y las margaritas nevadas, elevaban un salmo ilusorio a la vanidad de los cielos. Los cipreses proyectaban sus sombras en la nitidez de los mausoleos—¡oh, sombras de los cipreses, quien pudiera descifrar vuestro misterio!

Los malhechores, en cuya compañía se hallaba forzado mi abuelo, se dirigieron resueltamente al panteón donde había sido enterrada la célebre marquesa y, según prosiguió refiriéndome la «señá Frasqui-

ta», levantaron la losa y penetraron en el interior. A la luz incierta de las lámparas de plata, y bajo las coronas de siemprevivas, apareció el cadáver de la dama prócer, fulgurante de gemas, como una imagen bizantina. Parecía dormida bajo la influencia del opio y soñando agradables quimeras.

Al comenzar los bandidos a despojarla de sus joyas, sintieron pasos que hacia allí se encaminaban, y al huir precipitados, dejaron encerrado en el panteón a mi abuelo. Los que llegaban eran nuevos codiciosos del fúnebre tesoro. Su asombro fué indescriptible al levantar la tapa y encontrarse con un ser viviente que se erguía como un fantasma vengador y siniestro. En su desenfadada carrera partieron lápidas y cruces hasta ganar las tapias del Cementerio, y mi pobre abuelo, como botín de aquella memorable jornada, recogió tres magníficas capas que dejaron abandonadas sus apresores al verse sorprendidos.

Sereno y confiado en Dios, se dirigió a la posada y más tarde a su aldea, siendo cosa averiguada que las emociones de tan macabra noche, marcaron en su rostro una huella profunda, tomando el color terroso del interior de las fosas.

*
*
*

¡Oh, Albaida blanca, blanca como el alquicel de un árabe, yo no olvidaré jamás el interesante relato que me contara, temblorosa y llena de superstición, la vieja «Frasquita» en una cálida noche de Santiago, a la luz chisporroteante de un velón de Lucena!

¡Oh, Albaida la blanca, yo no debí abandonarte nunca!

ISAAC DEL VANDO-VILLAR

La Cartuja

Fábrica de productos cerámicos

PICKMAN

Sociedad Anónima

Ordenes por escrito:

SAN VICENTE NÚMERO 5

Sevilla

P. ROLDÁN
P. DEL PAN-3
TELÉFONO 893
SASTRERIA
A MEDIDA
ALMACÉN DE
ROPA
CONFECCIONADA

PIDA V. CAFES MARCA

El Barco

El mejor, el mas selecto.

Especialidad en torrefacción
 concentrando su aroma.

Despachos:

Imágen, 13 y Alcázares, 1.
 SEVILLA

The Excess Insurance Company Ltd.

Compañía inglesa de seguros
 Domicilio social: LONDRES

Seguros que practica:

**Seguros contra incendios
 y automóviles.**

Compañía oficial del Real auto-
 móvil Club de España.

Sucursal española

Avenida del Conde de Peñalver, 13
 MADRID

Delegado general para España:

Alfredo Viliesid

Sub-dirección para Sevilla y su
 provincia de esta Compañía y de
 la "Numancia", sociedad Espa-
 ñola de seguros marítimos

Don Rafael Ramos Salado

Teodosio, 18.—SEVILLA

GARCIA Y VELAZQUEZ

(PUERTA DE TRIANA)

San Pablo, 44.—SEVILLA.

Géneros del Reino y Extranjeros

Chales de seda y punto
 Precio de Fábrica

Lotes 6 prendas para el Ro-
 pero Reina Victoria a precios
 nunca vistos.



Ciudad de Sevilla

Grandes Almacenes de Tejidos y Novedades

Casa general de confecciones en todos los ramos del vestir, y la más importante y mejor montada de España.

Recibe constantemente cuanto nuevo se crea en modelos y tejidos en todo el mundo.

Franco, 16-Agujas, 1 y Alvarez Quintero, 7, 9, 13 y 15.-Sevilla



ALMACÉN DE MUEBLES DE

Alejandro Velasco

FERIA. 23.—SEVILLA

Compra y venta de antigüedades y objetos de Arte.-Se alquilan mantones bordados y mantillas.-Se compra lana usada.-Se alquilan y venden trajes de toreros y picadores, y todo lo perteneciente a este arte.

Representante:

Casto Muñoz

FLANDES, 9

Grandes Almacenes **EL AGUILA**

Sierpes núms. 70 y 72.--Telefono, 18.

SEVILLA

SUCURSALES

Madrid, Barcelona, Alicante, Almería, Bilbao, Cádiz, Cartagena
Gijón, Granada, Málaga, Palma de Mallorca, Santander, Va-
lencia, Valladolid, Zaragoza.

Ropas confeccionadas para caballero, señora, niño y niña

Peletería, Camisería, Géneros de punto, Corbatería,
Guantería, Sombrerería, Zapatería, Paraguas, Bastones y
Artículos de viaje.

== PRECIO FIJO == VENTAS AL CONTADO ==

Luís Piazza

Plaza de San Fernando, 5
SEVILLA

Gran fábrica de Pianos y
Armoniums

Casa fundada en 1850
Premiada en varias Exposiciones
Pianos y Armoniums extranjeros
Gramófonos y Discos

—
Agente exclusivo en las provincias de
Sevilla, Cádiz, Huelva, Córdoba,
Málaga, Granada, y Almería.
del PIANOLA-PIANO AEOLIAN
Inmenso surtido en
rollos para los mismos
Pidánsese catálogos. Se envían gratis

La Española

**CONFITERÍA
PASTELERÍA
ULTRAMARINOS**

Astelmo de Rueda y Mora

Tetuán, 27. — Teléfono, 941.

SEVILLA

Casa especial para bombones

Todos los productos SANITAS
están elaborados sobre una ba-
se científica. Apesar de ser de
calidad superior, sus precios
compiten con todos los similares.

Jabón "Sanitas" núm. 1

Medicinal, contra enfermedades infecciosas.
Insustituible como antiséptico

Este jabón, cuyas excelencias han sido reconocidas por especiali-
dades médicas de todos los países, es el que reúne mayores condicio-
nes higiénicas por eliminar de la epidermis las impurezas, siendo ade-
más un preservativo eficazísimo contra las enfermedades de caracter
infeccioso, por lo que el público en general lo prefiere a las demás cla-
ses conocidas.

Tratándose de un jabón contra la antiseptis, todas las personas
propensas al contagio de enfermedades deben usarlo preferentemente,
siendo su mejor recomendación el que se consume grandemente en to-
da España y Portugal.

Pídase en todas partes. Se vende en cajas de tres pastillas
A PESETAS TRES LA CAJA

Jabón "Sanitas" núm. 2

(Higiénicamente perfumado)

Jabón altamente antiséptico para tocador a base

de pino y eucalipto, thymol y alcanfor.

Este delicioso jabón, legítimo orgullo de la Casa "SANITAS", es
tan delicado como refrescante, suavizando el cutis y dándole una rosa-
da transparencia.

Se recomienda su uso por contener ensencias concentradas a base
de una exquisita preparación, por lo que entre las infinitas marcas de
jabones debe preferirse siempre por las personas de buen gusto la de
"SANITAS", cuyos productos son de fama mundial.

La bondad y eficacia de nuestro jabón, puede apreciarse por el
éxito conseguido, sobreponiéndose su uso a todos los demás. Esen-
cialmente es apreciado como el mejor para dar frescura a la piel.

El jabón "SANITAS" núm. 2, no debe faltar en el tocador de
aquellas personas que deseen usar un artículo, que como el nuestro,
reuna todas las garantías de una escrupulosa elaboración.

Se vende en caja de 3 pastillas en bazares, perfumerías, droguerías
y farmacias, a cuatro pesetas tres cajas.

Concesionarios exclusivos de los productos "SANITAS"

MOLE Y WELTON

Escritorio: REINA MERCEDES, 3.-SEVILLA

Telegramas y Telefonemas "SANITAS", Sevilla.